

DON PEDRO AZEDO,

Y EL

PRINCIPE DE ARGEL.

PRIMERA PARTE.

En la ciudad mas alegre,
que calienta con reflejos
ese Farol luminante
de ese tachonado Cielo,
cuyas alfombras de estrellas
adornan al firmamento,
que es la ciudad de Alicante,
de España famoso puerto,
que hoy lo rige y gobierna,
el Rey Cárlos Cuarto nuestro
Monarca Invicto de España,
cuya vida guarde el Cielo.
En fin en esta Ciudad,
que ya mencionada dejo

de padres nobles y ricos
nació un bizarro mancebo,
es liberal y entendido,
para las armas muy diestro.
Llamábase aqueste jóven
el Señor D. Pedro Azedo,
apenas tuvo veinte años
este noble Caballero,
se enamoró de una dama,
que era la hija de Vénus,
un portento en hermosura,
y de Palas un bosquejo.
Paseábale la calle
con amorosos anhelos
siendo un lince de sus rejas,
y otro Argos en sus desvelos,
le escribió muchos billetes
con muchos discretos versos,
dándole á entender su amor,
y la dama conociendo
la firmeza de su amante,
aguardó lugar y tiempo,
y un domingo por la tarde
estando tomando el fresco
en la puerta del jardin,
vido venir á D. Pedro,
le aguardó con gran semblante,
llegó, y se quitó el sombrero,
le hizo una cortesía,
y le dice: amado dueño
¡ó què dichosos que han sido
mis ojos en este tiempo!
Pues han llegado á mirar
á tan peregrino objeto:
si mereciera, Señor,
el ser tu querido dueño,
no hubiera cosa en el mundo
para mí de mayor precio:
le respondió la Señora,
diciéndole: Caballero,
has de saber que mi padre
tiene su merced otro intento,
de meterme religiosa,
y yo ser monja no quiero,
porque estoy determinada
á pagar vuestros desvelos,
llegad, Señor á mi Padre,
á pedirme en casamiento,
con la respuesta que os diere,
luego despues nos veremos.
Toda la tarde pasaron
con finezas, y requiebros,
y así que llegó la noche,
alegres se despidieron:
fué el caballero á su casa
regocijado y contento,
y así que amaneció el dia
con gran cuidado y anhelo
fué D. Pedro vigilante
á la casa de su suegro,
llegó y tocando à la puerta,
salió á abrirle un escudero,
le preguntó por su amo,
y le respondió diciendo:
en casa está su merced.
Diga usted á ese caballero,
que aquí está puesto á sus plantas
el Señor D. Pedro Azedo,
si me concede licencia,
pasaré luego allá dentro,
á hablarle cuatro palabras,
que traigo de mucho empeño.
Fué el paje, subió el recado,
pero el bizarro D. Diego
lo recibió en una sala:
y con muchos cumplimientos,
se saludaron corteses,
y declarando su intento,
D. Diego dijo: Señor,
Yo tengo hecho el concepto
de meterla religiosa,
pero no sé sus intentos,
y para que no dudeis
ni en mí nunca pongais duelo.
aquí en presencia de todos
será bien que la llamemos.

y á la gran ciudad de Argel
en breve la vuelta dieron.
Van á darle cuenta al Rey
de la presa que habian hecho,
y como traen maniatado
á un vigilante mancebo,
que mató cincuenta moros,
y heridos mas de otro ciento;
y á no haberle sujetado,
diera fin de todos ellos.
E! Rey que atento escuchaba,
mandó que luego al momento
lo lleven á una mazmorra,
y que lo cargen de hierros,
luego que traigan dos potros,
y atado á la cola de ellos
lo arrastrasen por las calles
porque sirva de escarmiento;
y despues de arrastrado,
con unos garfios de hierro,
le hiciesen cuatro pedazos,
y á la mar lo hechasen luego.
La hermosa doña Isabel
viendo á su querido dueño
metido en tanto peligro,
eran tantos los lamentos,
las lágrimas y suspiros
que ablandan el duro acero,
y así que alcanzó á saber
como se hallaba en el puerto
de la gran ciudad de Argel,
aquí tomò algun consuelo.
Pidió licencia á su amo,
que le concédiese luego
la dejase ir á palacio,
por ver si hallaba un empeño;
el amo se lo concede,
como haciendo mofa de ello,
y tambien le dió dos turcos
para su acompañamiento;
iba la noble señora
por las calles de este pueblo
tan triste, y desconsolada,
que parece un misionero;
llegó cerca del palacio.
cuando en este mismo tiempo
la princesa que escuchaba
el alboroto y estruendo,
vió venir á los dos turcos,
y en medió aquel Angel bello,
y que venia llorando,
los llamó con un pañuelo;
y ellos acudieron pronto,
mil reverencias haciendo.
La hermosa doña Isabel
vido que tenia al cuello,
aquel collar de esmeraldas;
pronta le miró á los dedos,
y conociendo el anillo,
estas palabras diciendo:
Cierto es, hermosa señora,
que esas dos prendas que veo
puestas en vuestra persona,
fueron mias algun tiempo,
yo se las dí á vuestro esposo
cuando estaba prisionero.
Zaira que atenta escuchaba,
le respondió así, diciendo;
Pues dime tù, de donde eres?
y le respondió al momento;
de la ciudad de Alicante
soy para el servicio vuestro,
mi nombre es doña Isabel,
mi esposo D. Pedro Azedo,
el cual libró á tu marido,
y lo trajo á aqueste reino,
y hoy está en una mazmorra
entre prisiones y hierros,
y está sentenciado á muerte,
y así, señora te ruego,
que seais mi medianera
pues que tan sola me veo.
Apenas aquesto oyó
Zaira, se partió al momento
á buscar á su marido,
que está en la cama durmiendo

dice: despierta Jaméte
que has de saber por muy cierto:
que está aquí doña Isabel,
y tambien D. Pedro Azedo,
el que has metido en prisiones
para dar castigos fieros,
es el que te libertó;
y te trajo á aqueste reino,
y ahora es preciso la ampares,
porque á ley de Caballero,
obras con obras se pagan,
y mas si se están debiendo.
Jaméte, que aquesto escucha,
partió al balcon como un trueno
conoció á Doña Isabel,
y le mandó entrar á dentro:
y al punto despachó un posta,
á que sacasen al reo,
y lo traigan á palacio,
sin que le agravien un pelo.
Lo ejecutaron al punto,
y así que los dos se vieron,
tiernamente se abrazaron,
como amigos verdaderos:
Jaméte, dijo; señor,
como se truecan los tiempos;
de cuando fuí vuestro esclavo
muchas finezas te debo,
estoy muy agradecido,
y ahora pagartelas quiero.
Estuvieron en palacio
mas de dos meses y medio,
de todos bien asistidos:
y acabandose los torneos,
dijo D. Pedro: señor,
ya me parece que es tiempo
que me dejéis ir á España,
que gran falta estoy haciendo.
Mandó el rey luego al instante
que aprestasen en el puerto
cuatro navios de guerra
con toditos sus pertrechos
para que le acompañasen,
porque puedan defenderlo,
y á otro dia de mañana
con músicas é instrumentos,
le acompañó hasta la playa
y tambien le dió un navio,
con gran porcion de dinero
para que de él se sirviesen.
Cortésmente se despiden,
navegando á vela y remo,
y dentro de cuatro dias
llegaron á ver el puerto
de la ciudad de Alicante,
y el valeroso D. Pedro
con su bandera de paz,
á recibirlo salieron,
haciendo rumbosas salvas,
y cuando contó el suceso,
todos quedaron pasmados:
y en aqueste mismo tiempo
pagó muy bien el viaje
á los que con él vinieron:
luego los cuatro navios
á sus tierras se volvieron,
y ellos saltaron en tierra
muy alegres y contentos,
dándole á Dios muchas gracias
y á la reina de los cielos.
Y ahora Juan José Lopez
pide perdon de sus yerros.

FIN.

CARMONA:—1863. Imprenta de D. José María Moreno.